

LAS ISLANDESAS

(Publicado en El Correo el 29 de marzo de 2012)

Islandia ha vivido una auténtica revolución social cuyo seguimiento por parte de los medios de comunicación ha sido prácticamente inexistente a lo largo de estos tres años. ¿No es extraño? No nos han contado las protestas y movilizaciones de la población ni qué medidas han ido tomando para salir de la crisis económica. ¿Acaso alguien teme que podamos tomar ejemplo y responsabilizar a los causantes de nuestra debacle económica?

Son excepciones interesantes la entrevista que María Pazos hizo a su primera ministra, Jóhanna Sigurdardóttir -en julio de 2010- o el artículo en el que, hace unos días, John Carlin relata cómo las mujeres han asumido algunos de los puestos de mayor responsabilidad, y están sacando Islandia a flote. Agradezco este artículo como mujer y, sobre todo, como persona escéptica con las soluciones que se están dando para salir de la crisis en España. Y confieso que estoy furiosa al ver que pretenden hacernos creer que la recuperación económica pasa por hacer cada día más difícil la vida de las personas más vulnerables; al ver que está en peligro la calidad de la educación y la sanidad públicas. Y ahí estriba la gran diferencia con Islandia, que tras la crisis ha apostado por la educación, la cultura y la corresponsabilidad en los cuidados para aprovechar todo su potencial humano. Y esto es lo interesante del proceso que está llevando a cabo Islandia, un modelo que puede aportar alguna luz a esta situación neoliberal brutal a que estamos abocados/as.

Parece como si existiera un acuerdo tácito para quitarle importancia a lo sucedido en Islandia, de manera que en las pocas ocasiones en que sale a colación este asunto y alguien pretende alabar el comportamiento de su ciudadanía, de manera automática, alguien sale al paso con un único argumento: no puede compararse, Islandia tiene 320.000 habitantes. ¡Qué fácil y fútil argumento!

Islandia y sus gentes, a pesar de su escasa densidad de población, han caído en la trampa del capitalismo más inhumano, y los errores cometidos son los mismos que en otros países europeos con millones de habitantes, a saber, el enriquecimiento rápido de unos pocos a través de transacciones económicas insostenibles. La codicia de sus banqueros arrastró a toda la población a contraer una deuda diez veces mayor que su PIB, que les llevó a la bancarrota. Por cierto, tampoco se libraron de su propia crisis del ladrillo. En los alrededores de Reykjavik construyeron altísimos edificios, acerca de los que la gente hacía bromas: ¡claro, como no tenemos espacio!

En mi opinión, la diferencia no está en el número de habitantes sino en la capacidad de reacción que han tenido sus gentes, concretamente esas mujeres que cuando Islandia se hundía tomaron las riendas y consiguieron reflotarla; que han aplicado el impacto de género a su sistema económico y han convertido a su país en el más igualitario del mundo. Hay un indicador que quisiera destacar, porque nunca mejor dicho, salta a la vista: la ausencia de sexismo en la publicidad.

No es casualidad que las artífices del cambio sean mujeres, pues, en general, son más prácticas, están más acostumbradas a la mediación, han sido educadas para pensar en las demás personas, y para ser resistentes a las adversidades. Sin embargo, y en este punto difiero de Carlin, el éxito no estriba en que son mujeres, sino que en que han tomado decisiones cruciales desde la perspectiva de género, tanto en las administraciones públicas como en empresas privadas. La experiencia nos ha enseñado que el hecho de ser mujeres quienes detentan cargos de poder político, económico o mediático en absoluto garantiza una sociedad más justa, ni tampoco que se avance en la erradicación de la discriminación sexual.

Desconozco de dónde han sacado arrostos las islandesas y los islandeses para darle soluciones tan creativas y humanas a la crisis. Quizá, lleven consigo la fuerza de esa arrolladora naturaleza que impone su presencia. Esa tierra, la más joven geológicamente hablando, que alterna en pocos kilómetros glaciares y volcanes, icebergs y geiseres de agua hirviendo, te envuelve, te hace sentir más insignificante que nunca, pero, a la vez, como si formaras parte de aquella inmensidad. Quizá, esa certeza de ser vulnerable les ayude a enfocar la vida de una manera práctica, incluso a pensar en clave de solución.

De cualquier manera, las islandesas y los islandeses que en el siglo X fundaron el primer parlamento que hubo en Europa, figuran desde hace años entre las personas más felices del mundo y aseguran que es consecuencia de la manera de abordar las relaciones sociales y familiares. Se casan y tienen descendencia, muy jóvenes, pero rompen sus relaciones de pareja cuando no son satisfactorias; de forma natural construyen nuevas células de convivencia con hijas e hijos de anteriores uniones, quienes comparten una amplia red familiar. Por suerte, la felicidad no les ha adormecido ni impedido ser personas críticas, si no que, reaccionaron con valentía y siguen luchando para no perder el estado de bienestar.

Matilde Fontecha Miranda
Profesora de la UPV/EHU